

RESEÑA SOBRE LA MADRE EMILIA DE SAN JOSÉ.

La Venerable Sierva de Dios Madre Emilia Chapellín Istúriz, nace en un distinguido hogar de la sociedad caraqueña el 7 de diciembre de 1858. Es el noveno vástago de la familia Chapellín Istúriz (12 hijos). Sus padres Ramón Chapellín y Trinidad Istúriz.

Desde muy pequeña se admira en ella un signo de dignidad que la distingue y una personalidad firme y definida, a la vez que una bondad hacia los pobres y enfermos.

Llegada a la edad adulta, y muerta su madre, decide seguir su vocación religiosa, la extinción de los conventos femeninos en Venezuela se lo impide. Resuelve trasladarse a Curazao para ingresar en la Congregación de Hermanas Terciarias Franciscana de origen holandés. Permanece allí 7 meses, pues enfermó de cuidado y debe regresar a su Patria, donde, asociándose a la labor del Padre Machado, funda una Congregación religiosa venezolana, dedicada a los pobres y mendigos y a los que sufren de cualquier miseria, enfermedad y desamparo.

El 25 de septiembre de 1889, Emilia entra definitivamente a su querido Hospital con el permiso de su padre, quedando al frente del Hospital dando inicio de esta forma a un nuevo género de vida en Venezuela. Sería religiosa y fundadora del primer Instituto de ese género en su patria.

La Madre Emilia contrae la tuberculosis, pero esto no le impidió continuar con todas sus actividades y seguir desarrollando sus virtudes hasta que entregó su alma al Señor el 18 de enero de 1993, a los 34 años de edad.

LA CARIDAD DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS, M. EMILIA DE SAN JOSÉ PARA CON LOS ENFERMOS.

Por más que se quiera, siempre será preciso quedarse muy por debajo de la realidad al expresar los subidos quilates de la fina caridad de la M. Emilia para con los pobrecitos de Cristo. Los afortunados enfermos que tuvieron la dicha de recibir las delicadezas y cuidados de la mayor amante de los pobres que ha tenido Venezuela, ellos quizá sí, hubieran podido expresarlos, pero llenando no unas cortas páginas, sino muchos libros con la reseña de los actos de caridad encendida prodigados por el cariñoso corazón de aquella Madre en las miserias y enfermedades de que ellos adolecían. Más digamos algo para muestra solo y para edificarnos con sus ejemplos.

Génesis de su caridad.

Ella bebió de una fuente muy caudalosa: sus padres. Ellos practicaban la caridad para con los pobres y abandonados de una forma tan natural que no tenían impedimento en albergar en su casa a un pobre enfermo si éste lo necesitaba. Tenemos grandes ejemplos de estos testimonios de vida de esta familia cristiana tan ejemplar.

Emilia emulando a sus buenos padres, amaba y compadecía a los pobres. Como el imán atrae al hierro, atraían a su corazón las miserias y sufrimientos ajenos. Se sentía tan atraída por los desamparados, que el ser pobre, necesitado y afligido, el ser desechado de los hombres por sus enfermedades y harapos, eran otros tantos títulos para tener derecho a sus más amorosas atenciones y desvelos. Era como si las llagas y miserias dieran voces que repercutían en su alma estimulándola a remediarlas.

Infancia y juventud.

Desde muy temprana edad y en unión con un conjunto de bellas cualidades y buenas disposiciones, empezó a despuntar en Emilia tal finura y modesta gentiliza en el trato para con todos, ricos y pobres, que las personas que la oían por primera vez se sentían atraídas por su virtud y buscaban ocasión de tratarla de nuevo.

Así se le ve a la joven Emilia, pronta para ayudar a los enfermos y necesitados. Buscaba en todo momento hacer el bien y con celo amoroso procuraba inclinar a sus hermanos a esta hermosa caridad a tal punto que se hacía acompañar de ellos en sus correrías, cuando iba a curar las llagas de algún enfermo, a auxiliar a otro tal vez agonizante, a quien piadosamente acompañaría hasta cerrarle los ojos; y todos, siguiendo sus ejemplos, procuran consolar a los que sufren.

Dios sensibiliza de manera extraordinaria el corazón de Emilia. No hay dolor ajeno que no repercuta íntimamente en su corazón y que no encuentre respuesta adecuada según sus posibilidades.

Cuando sale de un tugurio, una dama de alta sociedad se detiene e increpa a Emilia porque rebaja su hidalguía visitando esos lugares por asistir a personas tan bajas. La joven con dignidad sorprendente responde con sencillez y ecuanimidad: “Señora, Jesucristo entró en casa de Zaqueo y se hospedó en ella. El vino a buscar a los pecadores”.

Emilia vigila, día y noche, cualquier llamada a la puerta de casa, por si la llamada es de algún enfermo o menesteroso.

Los suburbios de la ciudad, se han convertido en un hervidero de inválidos por las guerras continuas que sufre el país. Abundan las viudas, los huérfanos y los enfermos apestosos. Y esos rincones de muerte comienzan a ser los lugares preferidos de la joven Emilia: cura heridas, alivia corazones y da limosna. Ella misma se vuelve limosna de amor para todos. De tal manera se hace agradable su presencia, que en el barrio se dice al verla: “Ahí viene la hija santita de Don Ramón, a curar enfermos y a llevarles ayuda personal”.

Impulsada por esta solidaridad con el dolor del prójimo realiza gestos de riesgo personal de gran osadía. Por ejemplo: en Guanape y desde el interior de una choza muy pobre, sale el llanto de un niño enfermo cuya madre imposibilitada no puede hacer nada por él. Emilia percibe el llanto del niño. Está muy avanzada la noche. Despierta a su hermana Mercedes y juntas acuden a la choza para aliviar a la inocente criatura.

¡Qué heroica fue la caridad de la M. Emilia de San José! ¿Y cómo logró toda esta heroicidad? Descubriendo en los harapos del pobre, a Aquel a quien amaba su alma: el Esposo divino a quien consagró su existencia.

Por razones de salud de la joven Emilia, la familia se traslada a Maiquetía por una temporada. Estando allí, ella busca un director espiritual y se pone en manos del P. Machado quien ve en ella el instrumento elegido por Dios para dar vida a una predominante idea: convertir la junta de damas, que apenas comenzaba a ejercer su ministerio de caridad, en la primera Congregación Religiosa venezolana, dedicada a recoger a los pobres mendigos de la sociedad; a todos los que sufren en la orfandad, miseria y desamparo, y a servirles de madres cariñosas y tiernas.

Puesta en manos de Dios y de su director insigne.

Y es así como Emilia, puesta en las manos de Dios y bajo la dirección del P. Machado, va a hacer su sueño realidad: consagrarse por completo a Dios en la vida Religiosa en el servicio a los más pobres y abandonados.

Emilia se suma a la Asociación de damas que había tomado el nombre de San José cuyo objetivo era asistir personalmente a los pobres en el lugar donde se encontrasen, el director (P. Machado) designó a la señorita Chapellín uno de los enfermos:

Era éste un pobre infeliz que tenía una pierna ulcerada, de donde manaban asquerosos gusanos. Inútil es añadir que era insoportable la fetidez que exhalaba.

La heroica joven, sobreponiéndose a las repugnancias de la naturaleza, lavaba todos los días la fétida úlcera, extrayendo los infectos gusanos que en ella pululaban, con sus mismas manos. Le llevaba alimento, medicinas y ropa limpia; le hacía la cama, y le instruía con grandísimo celo para que pudiera recibir los santos sacramentos.

El señor Chapellín y sus hijos, conocedores de la encantadora misión de caridad que desempeñaba Emilia, no cesaban de admirarla. Pero, aunque tan buenos y caritativos, casi no podían comprender cómo una joven delicada hacía por sí misma oficios tan repulsivos sólo por caridad, sin ninguna obligación para con la persona así servida, con absoluto desinterés, sin contar ni con la gratitud.

Uno de sus hermanos decía con gracejo: “Si yo tocara con un solo dedo a ese enfermo que está curando Emilia, me lo haría cortar”. Tal era el asco que el pobre hombre inspiraba.

Emilia, de vencimiento en vencimiento, con la poderosa ayuda del Señor que fortifica su buena voluntad, iba haciéndose fáciles los actos heroicos que a diario practicaba, y ellos iban encontrando insospechados consuelos.

No se daba descanso la piadosa joven en su santa tarea. Murió aquel pobre incurable que asistía, y sucediéronse otros y otros...

Un sueño hecho realidad.

Ya el P. Machado lleva adelante la construcción de un incipiente hospital, (Hoy Hospital San José de Maiquetía, casa cuna de la Congregación Hermanitas de los Pobres de Maiquetía), donde traslada ocho enfermos. Emilia se entrega abnegadamente a la tarea: atiende directamente a los enfermos, hace camas y barre habitaciones, prepara alimentos y medicinas y organiza grupos de atención y vigilancia nocturna. Pasaban los meses y la labor se hace cada vez más intensa. Emilia logra el permiso tan anhelado por parte de su padre y se instala definitivamente en el hospital el 25 de septiembre de 1889, no teniendo otra preocupación más que la de mejorar en lo posible la suerte de los asilados, convirtiéndose de esta forma en una enfermera abnegada a favor de los pobres y enfermos. Se esmeraba en consolarlos, se enteraba de todas sus necesidades y gusto para satisfacerlos, no consentía que a un enfermo se le negara nada absolutamente de cuanto pedía.

Diariamente, con sus propias manos lavaba y curaba sus llagas, y mientras esto hacía, les habla de Dios, de la preferencia que tiene Jesús por los pobrecitos, les refería alguna historia, y, en fin, procuraba dar algún lenitivo a sus tristezas.

Cuando uno se agravaba, mientras le fuera posible permanecía a su lado, lo rociaba con agua bendita, le hacía repetir jaculatorias e invocar el auxilio de la Santísima Virgen y de San José. Casi siempre espiraban los enfermos estando presente la Madre a quien tanto amaban aquellos pobrecitos, y ella les cerraba los ojos con grandísima ternura, llorando como si fueran sus propios hijos...; ¡y sí lo eran! Pues ella los amaba como verdadera madre.

Durante los días que pasaba en alguna de las dos casas, era cuidadosísima de que los enfermos se pusieran en gracia de Dios; pues ganar las almas, ganarlas para el cielo, era el móvil de su caridad. ¡Qué dichosa se sentía cuando algún pecador empedernido, alejado de Dios, se convertía, purificaba su conciencia, se acercaba a recibir a Jesús Sacramentado!

“¡Qué contento –decía- curar las úlceras de un hombre mendigo para rescatar para Dios su alma, que está necesitada aún!”

¡Y cuántas veces, en pago de sus buenos deseos, le dio el Señor la felicidad de conseguir conversiones notables! ¡A cuántas almas antes apartadas de Dios llevó a los brazos del Padre Celestial! ¡Y cuántas ha seguido enviando por medio de sus hijas, siempre fieles en esto, sobre todo, a las santas normas que les dejó!

En sus últimos días dijo a las Hnas: “El principal cuidado de ustedes, debe ser la salvación de las almas, a este punto deben tender, sobre todo en la asistencia de los enfermos, ancianos y niños”.

El sencillo cariño con que la Madre Emilia trataba a los enfermos y que tanto ganaba el corazón, se ve en las palabras con que una de sus primeras compañeras refiere su primer encuentro con ella: “Una vez estaba distraída junto a la puerta, cuando veo entrar con rápidos pasos a una religiosa de dulce y distinguida presencia, que por todo saludo decía:

“- ¿Dónde están mis doce apóstoles? ¿Dónde están mis doce apóstoles?” ... Ah, era

que su corazón estaba lleno de amor a sus enfermos, y le parecía siglos los cortos días que pasaba sin verlos.

Sí, tanto amaba a los pobres, enfermos y desgraciados, que con toda seguridad podemos exclamar: ¡Fue heroica la caridad de nuestra amable fundadora! ¡Como que el heroísmo de su caridad le costó la vida!

Sabemos que la reverenda Madre venía enferma; pero su enfermedad era de esas que a veces dan mucho tiempo, y nada hacía presentir un rápido desenlace. Más bien se abrigaban fundadas esperanzas de mejoría, por lo cual el Venerable Padre Machado la hacía salir algunas temporadas a cambiar de aires.

La heroicidad al límite.

Por prescripción médica debía estar varios meses en los Teques en busca de su mejoría, pero oyó decir que había allí algunos enajenados reunidos en una casa, y quiso visitarlos. Esta clase de enfermos tenía especial atractivo para su corazón, y le llegaban al alma las desgracias de esos pobrecitos doblemente dignos de lástima.

Madre Emilia se acerca presurosamente a la mansión de aquellos infelices deseando aliviarlos en algo, llega y contempla el cuadro más desgarrador que contemplaron sus ojos...

En el sombrío patio de una casa abandonada, se amontonaban unos hombres que ni tales parecían; y entre ellos mujeres idiotas o furiosas, con los ojos hundidos o centelleantes... todos consumidos por la enfermedad y el hambre, en un estado de suciedad y abandono indecibles...

Enmarañados cabellos les caían sobre los hombros; unos harapos ennegrecidos cubrían parte de sus cuerpos asquerosos; muchos tenían llagas roídas por gusanos; y toda clase de inmundicias esparcidas por el mugriento piso, formaban charcos infectos de corrompidas aguas. Este conjunto de pestilente miseria despedía un hedor insoportable, y nadie osaba acercarse a ellos...

¡Dios mío, que estupor el de la Madre Emilia ante aquel cuadro! Le parecía un mal sueño; una horrorosa visión. Como fuera de sí estaba, y no podía dar un paso adelante...; más, con aquel dominio de sí misma tan conocido en ella, avanza, les dirige algunas palabras de saludo y... da algunas órdenes a sus compañeras; manda que se avise al Padre Machado para que acuda al remedio de necesidad tan grande, e inmediatamente, sin titubeos, se dio a la tarea de asear aquel triste recinto, resuelta a poner término a la situación de aquellos infelices que la divina Providencia ponía en su camino.

Se consiguió unas latas y con sus propias manos las llenó del modo que pudo de aquellas infectas miserias, y las hizo arrojar lejos. Entregada sin descanso a tarea tan repugnante, logró limpiar la casa y a los enfermos.

En eso la encontró el P. Machado, que al ser llamado se trasladó de inmediato a los

Teques y contempló con lágrimas en los ojos el triste estado de aquellos pobrecitos y puso de manifiesto al gobernador tan urgente necesidad.

Nuestra venerable Madre, sin reparar en el estado delicadísimo de su salud, animada de una ardiente caridad que mitigaba a los ardores de su fiebre, trabajaba incansable. A los dos días, todo había cambiado. Vestidos y perfectamente aseados; cortados sus cabellos y largas uñas, los pobres enfermos, como si un poco de luz hubiera penetrado en sus inteligencias con el bienestar de que disfrutaban, sonreían dulcemente a su bienhechora, que no se tranquilizó hasta asegurar la suerte que en adelante los había de librar de tan espantosa miseria y abandono. Los enfermos fueron trasladados al manicomio de Catia dirigido por las Hermanas de San José de Tarbes.

La Madre Emilia se sentía feliz de haber logrado tanto bien; pero ese acto heroico, mejor diremos, esa serie de actos heroicos de caridad, terminó para siempre las actividades exteriores de la Santa fundadora, que, habiendo hecho un esfuerzo tan superior a sus fuerzas, agotó completamente su débil y extenuada salud. Hubo de regresar inmediatamente a Caracas, donde sus hijas se esmeraron, aunque la veían ya sin remedio.

Con un acto de heroísmo tan grande coronó la Madre Emilia su vida de caridad. La había sinceramente consagrado al Señor, y supo hacer completo el holocausto.

Es de notar que habiendo muerto la amada Fundadora de las Hermanitas de los Pobres de resultas de aquel imponderable acto de caridad hecho a favor de los enajenados, parece que allá en el cielo, donde esperamos está recibiendo el premio de una vida tan llena de sacrificios, y toda ella consagrada al amor de Dios y del prójimo, le ha cabido especial misión de interesarse por esta clase de enfermos, que aquí en la tierra hicieron latir tan compasiva y tiernamente su corazón; y esto lo deducimos por los muchos enajenados que, recobrada la razón, atribuyen su curación radical y el verse salvos de ese mal terrible, a la intercesión de la piadosa Madre Emilia de San José.

Los enfermos y los pobres son su obsesión y su locura, son el sentido de su vida y la expresión más radical de su consagración, convencida de que cuanto hace con estos hermanos más débiles, lo hace con Jesús. Los enfermos son la fe de su amor. (P. Antonio Gracia).

La muerte de la Madre Emilia se convierte en un clamor popular: “Es una santa”. Este grito se mantiene vivo entre las Hermanitas de los Pobres y bienhechores y más intenso, si cabe entre los enfermos y pobres que la conocieron.

El periódico la religión escribe el 20 de enero de 1983:

“La gente de corazón debe estar de duelo, porque ha muerto una que tenía el alma generosa y suave, imbuida de todas las abnegaciones que engendran el afecto universal... una Santa predestinada a la caridad más sublime... Infatigable en su misión de aliviar dolores y enjugar lágrimas... durante toda su vida solo pensó en aliviar las desgracias de sus prójimos”.

Habiendo comprobado la Congregación para la Causa de los Santos que la Madre Emilia vivió en grado heroico todas las virtudes, Su Santidad Juan Pablo II la declaró VENERABLE el 23 de diciembre de 1993.